



UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID

documentos
de
trabajo

Documento de Trabajo 02-08
Serie de Economía 01
Diciembre 2001

Departamento de Economía
Universidad Carlos III de Madrid
Calle Madrid, 126
28903 Getafe (Spain)
Fax (34) 91 624 98 75

HOMENAJE A JUAN URRUTIA

Álvaro Escribano[†] y Diego Moreno[‡] (Editores)

Resumen

Juan Urrutia ha sido profesor de economía en las Universidades del País Vasco y Carlos III de Madrid. Su impulso a la investigación en el área de economía ha tenido un impacto decisivo en estas dos universidades. En este documento se recogen los textos de las intervenciones que se realizaron en un acto de homenaje a Juan Urrutia que se celebró el 12 de diciembre de 2001 en la Universidad Carlos III de Madrid.

[†] Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas, Univ. Carlos III de Madrid

[‡] Director del Departamento de Economía, Univ. Carlos III de Madrid

INDICE

Presentación	2
Álvaro Escribano y Diego Moreno	
Los disfraces del maestro.....	3
Salvador Barberà	
Juan Urrutia	9
Alberto Lafuente Félez	
Retrato de Juan Urrutia es sus primeros días de docencia.....	11
Ricardo Lago	
Algunos recuerdos de la época de Juan Urrutia en la Comisión Gestora de la UCIIM.....	14
Daniel Peña	
Homenaje a Juan Urrutia, profesor de teoría económica.....	17
M ^a . Jesús San Segundo	
Homenaje a Juan Urrutia.....	19
José Ramón Uriarte Ayo	
Agur y eskarrik asko	21
Juan Urrutia	
Lista de asistentes.....	24

Presentación

Álvaro Escribano y Diego Moreno

El día 12 de diciembre de 2001, por iniciativa de un nutrido grupo de profesores de los departamentos de Economía, Economía de la Empresa y Estadística y Econometría, se celebró en la Universidad Carlos III de Madrid un acto de homenaje a Juan Urrutia. En este documento se recogen las intervenciones de Salvador Barberà, Ricardo Lago (leída, en su ausencia, por Álvaro Escribano), Daniel Peña, María Jesús San Segundo y José Ramón Uriarte (leída por Diego Moreno). Durante el acto hubo otras intervenciones, por parte de Xavier Calsamiglia, Carlos Hervés, Alberto Lafuente, Javier Ruiz-Castillo, que no se transcriben en este documento. Se recogen también las palabras de despedida de Juan Urrutia.



Participantes en el homenaje a Juan Urrutia (2001)

Juan Urrutia es doctor en Economía por la Universidad de Colorado (1972) y en Derecho por la Universidad Autónoma de Barcelona (1975). Ha sido profesor de Economía en las universidades del País Vasco y Carlos III de Madrid.

4

Como docente, Juan ha cautivado a generaciones de estudiantes. Las intervenciones de Ricardo Lago y María Jesús San Segundo son buena muestra de esta capacidad de atracción.

Como investigador, Juan ha explorado casi todas las áreas de la economía: la macroeconomía, las finanzas, la teoría de los juegos, la metodología. Sobre estos temas ha escrito numerosas monografías y artículos. Juan es además un activo ensayista y es un colaborador frecuente en la prensa popular (en el diario El País y en las revistas Expansión y Actividad Económica).

Como universitario, Juan ha sido, además, un hombre “de acción”, participando activamente en tareas de gobierno universitario. En la Universidad del País Vasco fue Decano de la Facultad de Económicas (1979-82), Director del Instituto de Economía Pública (1980-85) y Vicerrector de Investigación (1987-88). En la Universidad Carlos III ha sido miembro de la Comisión Gestora, desde su creación (1989) hasta la aprobación de sus estatutos (1995), y posteriormente presidente del Consejo Social (1996-2000).

La labor de Juan Urrutia en la Universidad Carlos III desde su fundación ha influido decisivamente en la formación de los departamentos del área de Economía, y en su perfil investigador. Quien considere que esta operación ha sido éxito, debe atribuirle una parte de la responsabilidad.

Los disfraces del maestro

Elogio de Juan Urrutia, por Salvador Barberà*

A mediados del curso 75-76 se celebró en Madrid una oposición para cubrir dos agregadurías de universidad, que ganaron Alfredo Pastor y Narcís Serra. Las oposiciones eran ceremonias concurridas por una gran diversidad de personajes, cada uno con sus razones para contemplar el espectáculo. En aquella del 76 destacaba, muy a su pesar, un joven espectador que escondía su incomodidad tras una enorme gabardina. Su mirada curiosa y perpleja, encuadrada entre la barba y la boina, le iba dando idea de lo que le tocaría hacer unos meses más tarde, cuando él fuese a concursar.

Este fue el primer Juan Urrutia al que conocí, ejerciendo de aldeano en la Corte. Llegó, vio y tomó nota. Unos meses más tarde regresó a Madrid, deslumbró al tribunal y se volvió a Bilbao con su agregaduría.



Marisa Salazar y Juan Urrutia, Las Arenas (1972)

Aquel Juan sigue aquí, con gabardinas más entalladas, sin barba ni boina aparentes, pero con idéntica curiosidad, igual capacidad de asombro, la misma disposición para meterse en líos y cada vez más experiencia para resolverlos, aunque siempre aplicando una misma fórmula: entrar en los problemas hasta el fondo, vivirlos con intensidad, escuchar mucho, discriminar y mojarse.

* Profesor del Departament d'Economia i d'Història Econòmica de la Universitat Autònoma de Barcelona

Entonces no le conocían en este Madrid que ahora se beneficia de su ciudadanía, pero en Bilbao ya llevaba años dando guerra.

En la facultad de Sarriko de los primeros setenta empezaban a pasar cosas. Algunos de los estudiantes más aventajados de los 60, tanto de Deusto como de Sarriko, habían formado parte del pequeño grupo de economistas que, desde Bilbao, Madrid o Barcelona, y sin demasiada coordinación, nos fuimos a buscar al extranjero el alimento intelectual del que nuestras facultades nos habían dejado hambrientos. Y aquellos estudiantes estaban volviendo, con sus doctorados bajo el brazo, y unas ganas enormes de cambiar las cosas, de enseñar, de compartir conocimientos, de abrir los ojos y los corazones de los más jóvenes, e incluso de quienes ya estaban allí antes que ellos, a la posibilidad de una universidad mucho mejor.

Juan fue el primero de aquellos pioneros en regresar a Bilbao, y aunque procedía de la competencia se incorporó a Sarriko, iniciando así un servicio a la universidad pública que ha mantenido sin fisuras desde entonces. Volvía, con su doctorado y su primer hijo, de la universidad de Colorado, en Boulder, hacia donde le habían atraído sus lecturas juveniles de los trabajos de Kenneth Boulding. Y volvía a Bilbao dispuesto a enseñar, a escribir, a lo que hiciera falta, sin más. Encontró algunos apoyos, y no pocas trabas.



Boulder, Colorado (1970): servicios públicos y teoría del crecimiento.

Entonces los bedeles aún daban la hora al profesor hacia el final de la clase. Un día, uno de ellos, al entrar en la de Juan, se encontró con un espectáculo aterrador: el profesor estaba hablando a sus alumnos SENTADO SOBRE LA MESA! Celoso de su deber, el bedel le echó a aquel profanador la mejor bronca que pudo. ¡A dónde íbamos a parar!

En aquella época de fotocopiadoras públicas, Juan también hizo levantar algunas cejas con un examen en el que se pedía al alumno, siguiendo a Sen, que reprodujese la paradoja del liberal paretiano apelando a las tensiones entre un libertino y un reprimido ante una novela erótica.

Naturalmente, las principales provocaciones de Juan eran más sutiles y de mayor calado, pero anécdotas como estas nos dan idea de qué mundo era aquel en el que nos metimos, y que trabajamos para cambiar.

Digo nos metimos porque poco después de que Juan consolidase su posición en Bilbao tuve la suerte de aterrizar también allí, también como agregado, y de empezar a profundizar en una relación que, desde entonces, nos ha llevado a compartir todo tipo de aventuras.

Algunas de estas aventuras vienen al caso, porque tiene que ver con el esfuerzo por regenerar la Universidad que nos ha movido en todo momento.

Juan fue elegido, muy joven y con solo un voto de diferencia, decano de la Facultad. El día de su elección nos metimos en mi casa y, bajo el lema de "esto es una guerra", diseñamos un plan para mejorar la Facultad en todas sus dimensiones. Efectivamente, era una guerra, ¡y menuda paliza nos dieron!



Salvador Barberà y Juan Urrutia (1980)

Perdida toda opción de adecentar la Facultad en su conjunto, trabajamos duro para dar oportunidades a los mejores estudiantes, para comunicarles nuestro entusiasmo por la teoría económica. Junto con Carmen Gallastegui y Bubi Grafe organizamos seminarios dirigidos a profesores y estudiantes avanzados, con los que todos aprendimos, de los que salieron trabajos conjuntos, y con los que animamos a muchos jóvenes a seguir estudios de postgrado. La verdad es que eran las catacumbas, pero de allí salieron, entre otros, María Jesús San Segundo, Aurelia Modrego, José Luis Ferreira y Esther Ruiz, por citar sólo a aquellos de nuestros queridos discípulos de Bilbao que ahora están en la Universidad Carlos III.

Abrimos la Facultad a nuevos aires, organizando seminarios y cursos, algunos de ellos históricos. Cuando el año pasado se reunió en Bilbao el primer congreso mundial de teoría de juegos, pocos sabían que el primer curso moderno de esta disciplina, en Bilbao y posiblemente en España, más allá del teorema del minimax, lo habían impartido, en dos semanas consecutivas, Hervé Moulin, que nos dio allí la primera versión de su *Game Theory for the Social Sciences*, y Louis-André Gérard-Varet, que habló por primera vez en aquellas aulas de equilibrios bayesianos.

Todo era gratificante, y tremendamente artesanal. Por ejemplo: como el tren de Toulouse no pasaba de la frontera, Juan y yo nos levantábamos de madrugada y nos íbamos a la frontera de Hendaya a recoger a nuestros visitantes franceses, como Jean-Jacques Laffont, Moulin o Gérard-Varet.

Artesanales pero deliberados, creamos una serie internacional de working papers, que bajo el nombre de SEEDS difundió durante años los trabajos más selectos de un consorcio madrileño-catalán-vasco-toulousain-marsellés, que después creció bajo el nombre de ASSET. Juan fue el

primer presidente de ASSET, y no puedo olvidar el día en que fuimos a recoger en su coche a la imprenta las primeras tapaderas de SEEDS: ¡cómo pesaban las condenadas! Siempre optimistas, y con razón en este caso, habíamos encargado para encuadernar miles y miles de papers.

Creamos también, con Carmen e Inmaculada Gallastegui y con Bubi Grafe, el Instituto de Economía Pública, que llevó a cabo muchos estudios sobre la economía vasca, y además permitió organizar un primer máster con estudiantes plenamente becados, a la imagen de lo que venían haciendo nuestros compañeros de Bellaterra. El Instituto de Economía Pública fue el primer instituto universitario que se acogió a la entonces nueva LRU, demostrando una vez más nuestro empeño por avanzar como fuese, apoyados en lo que daba de sí la legislación, pero yendo bien por delante de ella.



Los fundadores del IEP (1980):

Inmaculada Gallastegui, Juan Urrutia, Federico Grafe, Salvador Barberà y Carmen Gallastegui.

Mencionaré también, de pasada, que Juan fue Consejero de Educación del Gobierno Vasco durante un período demasiado breve, pero intenso, que no pude vivir de cerca ya que coincidió con un año que pasé en los EEUU. Y que, después, ejerció también como vicerrector, en un último intento de dar lo mejor de sí a una Universidad aún cargada de posibilidades, aunque aparentemente empeñada en desaprovecharlas. De aquellas épocas quiero sólo destacar una curiosidad, que puede explicar algunas de las cosas que nos llevan a reunirnos hoy aquí. Si algo tuvo claro Juan como Consejero de Educación fue que los Consejos Sociales de las Universidades, figura nueva introducida por la LRU, podían jugar un papel importante en la mejora de aquellas, y ayudar a racionalizar sus formas de gobierno. En particular, sabía que para ello hacía falta un presidente del Consejo que dedicase sus mejores horas a compartir el gobierno de la Universidad, y para quien aquella dedicación no fuese un adorno en el curriculum, sino una verdadera prioridad. Y no eran palabras, sino que intentó traducir esta convicción en hechos. Así, mientras las demás universidades iban nombrando como presidentes de sus consejos sociales a distintos próceres, que les iban a dedicar tres minutos de su agenda, Juan buscó durante mucho tiempo a alguien para quien el servicio a la universidad, desde el Consejo Social, pudiese ser la principal prioridad. Hoy sabemos lo que han dado de sí aquellas instituciones, y por qué. Pero quiero dejar constancia de que, también en esto, y del primer al último

día, Juan hizo cuanto estaba en su mano para imaginar un país y una universidad mejores, intentando afectar a la realidad, incluso cuando esto significase chocar con ella.

No os preocupéis. Aunque sólo ando por los ochenta, voy a cambiar de paso y dejar el orden cronológico. He querido contaros, desde mi posición privilegiada de amigo y compañero de fatigas, lo mucho que Juan ya llevaba andado y aprendido cuando aceptó instalarse en Madrid y formar parte del equipo que iba a crear la Universidad Carlos III. De lo que ha hecho aquí existen mejores testigos que yo, que ya nos lo contarán dentro de un momento.

Pero dejadme destacar algunos rasgos generales del carácter y de los empeños de Juan. De momento he tratado del agitador universitario, vestido de gestor. Pero podríamos haber hablado de otros Urrutias. Del consejero de banco, del asesor de fundaciones, del fundador de empresas, del mecenas, del creador de opinión, que todo esto es, o incluso del político que no acabó siendo. A Juan le gusta enredar en muchos campos, en un ejercicio de lo que él llama dispersión, dejándose llevar por lo que él llama olfato. Enredar, dispersión y olfato podrían ser, en otros, señas de superficialidad. En Juan son palabras escogidas para ocultar una irrefrenable capacidad de crítica, de trabajo, y para elegir con fundamento.

He citado ya muchos Juanes, pero he dejado para el final aquellos dos que más justifican que estemos aquí. El intelectual y el profesor.

Juan escribe mucho, y publica mucho de lo que escribe. Su primer artículo, "Dinero, precios y estabilidad" se publicó en 1974, en la Revista Española de Economía. Le siguen más de cien títulos, que apuntan en todas las direcciones y se dirigen a públicos variados. Sólo mirando una página de su curriculum aparecen, junto a la Revista e Investigaciones Económicas, trabajos en Telos, Theoria, Isegoría, Ekonomiaz, Economie et Sociétés, la Revista de Occidente, Claves, De Economía Pública y Revista de Treball. Entre sus ocho libros, el último en preparación, destaco los dos primeros, seguro que prematuros, pero escritos desde un apasionamiento, del que fui testigo. Uno de ellos, Metaeconomía, sobre método. El otro, Seducción y verdad, acerca de la comunicación de las ideas, y el papel que la personalidad de los autores acaba teniendo sobre su capacidad de influir intelectualmente sobre otros.

Y basta, de nuevo, repasar algunos títulos de artículos para comprender la variedad de sus intereses. ¿Necesitamos otro Keynes?, ¿Quién le teme a Stanley Jevons?, Sobre teoría e Historia, Metodología del punto fijo, La moda en economía, Economía posmoderna, Economía de la cultura, Veinte comentarios sobre economía y mecenazgo, El núcleo de una economía escindida, Equilibrio vs. desequilibrio, Mercados, contratos financieros y el funcionamiento de la economía, Implicaciones macroeconómicas de conceptualizaciones alternativas del mercado de trabajo, Independencia de los bancos centrales, Crisis y desempleo, Sobre financiación óptima de las autonomías, o What's the price of independence?

Metodología, historia de las ideas, instituciones, coyuntura, economía política. Fundamentos y actualidad. De todo. Juan no se ha sometido al escrutinio ex ante de evaluadores anónimos, sino que se ha lanzado al ruedo una y otra vez, arriesgándose a la mirada algo condescendiente de quienes hemos practicado la ortodoxia de la publicación pura. Acaso en esto no sea un buen ejemplo para otros, pero la obra, las ideas, los descubrimientos, los frutos de la curiosidad y de la lectura están ahí. A trancas y barrancas, como titulaba él mismo a uno de los volúmenes de sus trabajos recientes que de vez en cuando distribuye a sus amigos.

Y, finalmente, el profesor. En veinticinco años, Juan ha enseñado Micro y Macro en primer, segundo y tercer ciclo, Crecimiento, Historia del Pensamiento, Metodología, Economía del Trabajo, del Sector Público y de la Cultura, Lector insaciable, descubridor anticipado de ideas que se van a imponer, buen comunicador, seductor intelectual, no sólo tiene cosas que enseñar, sino medios para

hacer llegar sus mensajes al estudiante de forma que éste se sienta a su vez descubridor, importante y capaz. Buen organizador, no sólo ha dado clases magistrales, sino que ha conseguido (como hizo, por ejemplo, con la asignatura de Introducción a la Economía en Bilbao) poner en pie equipos de profesores con objetivos e ilusiones comunes. Por todo lo que sé, y sobre todo por lo que me dicen sus alumnos de muchas generaciones, Juan es un profesor sensacional.

Espero que este adiós al presidente del consejo social no lo sea al profesor, sino un punto de partida para el redescubrimiento de este Juan Urrutia, maestro de economía, del que todavía pueden beneficiarse muchas generaciones de alumnos.

Estoy seguro que detrás de la gabardina, la boina y la barba que hoy nos esconde, pero que sigue vistiendo para ocultarse, Juan está deseando seguir ligado a todos nosotros, no sólo como amigo, sino también a través de esta universidad pública a la que ha defendido como el que más. Por esto termino deseando que este merecido homenaje quede sólo en esto, y que la despedida venga cuando toque, mucho más adelante.



Juan Urrutia (1972)

Juan Urrutia

por Alberto Lafuente Félez

Conocí a Juan antes de que nos propusieran formar parte de la Comisión Gestora de la Carlos III. Fue a comienzos de los 80 cuando vino a Zaragoza a impartir dos seminarios. Él estaba enredado con lo que sería después su libro *Seducción y Verdad* y nos dio cuenta del esqueleto de la obra. Recuerdo ahora aquellas fechas porque aprendí la importancia de la biografía. Pero, sobre todo, que la manera más sensata de vivir la condición de profesor de universidad consiste en concebir el estudio como una forma de creación. Ello nos debería alejar de la manufactura reiterada y de las casquerías académicas, pero no siempre es así, o mejor casi nunca lo es. En todo caso, ese recuerdo me llevó a aceptar la propuesta del Ministerio de Educación, cuando supe que Juan estaba en ello.

Os ahorraré la épica de los primeros meses de la Carlos III, entre otras razones porque algunos de los presentes fuisteis protagonistas y, sobre todo, cómplices. Os contaré, sin embargo, que tuve, creo que tuvimos, la fortuna de ocupar despachos contiguos, lo que me permitió disfrutar, como pocas veces en mi vida, del arte de la conversación, esto es, como él mismo escribió poco después, del arte de descubrir creencias aceptables y de mejorarlas en un discurso compartido. Creo que no me equivoco cuando suscito este extremo porque él mismo redactó en aquellos tiempos algunos escritos sobre la retórica como método de conocimiento.

Es sabido que Juan es devoto de la figura personal de Keynes. Porque encarna, según él, los modos exigibles al economista moderno. Porque, según yo, envidia la biografía de Keynes. Pues bien, Juan quiso hacer de la creación de la Carlos III un ejercicio de persuasión. Quería, queríamos, que nuestra universidad constituyera argumento de autoridad frente a la estrechez dominante en la universidad española. Soñábamos con que la economía pensada en la Carlos prescribiera la investigación realizada en España y, también, la política económica de los gobiernos. Me parece que habéis conseguido mucho de lo primero y menos de lo segundo. También aspiraba, aspirábamos, a que los economistas de la Carlos III constituyeran un foco de opinión independiente sobre la economía española, tan faltos estábamos y estamos de buen debate sobre los hechos económicos. Recuerdo, en fin, que las comidas con Luis Rodríguez Romero, María Jesús Sansegundo y Gonzalo Rubio eran pródigas en la búsqueda de tarjetas de presentación al mundo de nuestros proyectos.

Debo decir que era fácil persuadir a las autoridades ministeriales de la época. Me refiero a Javier Solana y Juan Rojo. Años después supe que en el Consejo de Ministros se hablaba, en ocasiones con sorpresa pero siempre con confianza, de las prácticas organizativas de los economistas de la Carlos. Más difícil fue convencer a otros que no voy a citar. Como buen keynesiano, Juan preparaba minuciosamente los argumentarios para solicitar apoyos y simpatías; es sabido que la regla primera de la persuasión es decir lo que el próximo quiere oír para que proceda según queremos, que es por otra parte lo que más conviene a él (el próximo) y al mundo. Yo le ayudaba a engordar el argumentario. Como buen keynesiano, Juan delegaba en mí los asuntos que tenían que ver con los filisteos

Juan deja la universidad en momentos de intenso debate sobre el presente y futuro de la universidad española. Confieso mi desazón, por lo que he escuchado y leído en los últimos meses. Lo último en un periódico económico internacional: según esta fuente, los profesores de universidad somos nombrados en España por los partidos de izquierda y por los sindicatos. En confianza os diré que he

* Departamento de Economía y Dirección de Empresas, Universidad de Zaragoza

echado en falta la voz de los economistas de la Carlos III., o, para ser más justo, creo que la contribución al debate de algunas de las mejores universidades españolas, entre ellas la vuestra, debería haber sido determinante. A ello aspirábamos hace años; a orientar el sentido de las políticas públicas. No ha sido así. Hoy la sociedad dispone de una imagen sesgada de la universidad española y ni siquiera sabe que en bastantes lugares las cosas se hacen bien; se trataba de alumbrar buenas experiencias y no de enfangarse con las incurias que todos conocemos. Al final el debate sobre la reforma de la universidad se ha convertido en una tertulia de café, participada por todos los animales arbitrarios de nuestro país. Digo esto porque intuyo que Juan comparte mi desazón y también por lo siguiente.

Permitidme que os de cuenta de una de mis obsesiones recientes: que existe una correlación negativa estricta entre los asuntos que preocupan a la sociedad española y la atención prestada a los mismos por quienes cultivan las ciencias sociales. Se dirá, quizá con razón, que la correlación relevante es la que relaciona atención con importancia objetiva y no con importancia percibida. Es posible, pero no creo que, a estas alturas, nadie tenga el valor de argumentar en favor de esta distinción.

Y es así que se cuentan con los dedos de una mano quienes han escrito sobre las consecuencias de la inmigración, el impacto económico del cambio climático, el origen de la corrupción, el alcance de la nueva economía o la pobreza. El examen de la mano visible tampoco arroja resultados tranquilizadores: Son pocos los académicos que se han pronunciado acerca de la relación entre competitividad empresarial y reputación, el impacto de las políticas de recursos humanos, el funcionamiento de los mercados en la nueva economía o la valoración de los intangibles. Me resulta especialmente doloroso que hayan sido servicios de estudios ajenos al mundo universitario quienes hayan dado respuesta analítica a todas estas preguntas. Por cierto, Juan también lo ha hecho. Desde luego, no creo que la aplicación a estos menesteres impidiera la consecución de empeños estrictamente científicos.

Animaba nuestros días que las propuestas a profesores para que se incorporaran a la Carlos III tuvieran éxito; pero, también, saber que los chavales de los institutos del sur de Madrid mejoraban sus rendimientos académicos para poder entrar en una universidad que nosotros les pintábamos con brochazos de rigor y exigencia. Es lo que querían oír. Un heterónimo de Juan Urrutia escribió una vez “hay que estar siempre de parte de los débiles, pero para transferir un poco de renta de Tejas a Etiopía basta con saber redactar”. Esta soberbia también formaba parte de los signos distintivos de la Carlos.

En fin, concluyo. No quiero alargarme. No sé si en el corazón de Juan Urrutia anida un republicano liberal, un fabiano británico o un nacionalista de cuño imposible. Quizá los tres. Lo que sí sé es que compartir una mesa con él es placentero, que tiene cosas que decir y que, además, las dice.

Retrato de Juan Urrutia en sus primeros días de docencia

por Ricardo Lago*

Transcurría enero o febrero de 1972, en Sarriko salíamos de una huelga y entrábamos en otra, no se veían perspectivas de transición política. Uno de los pocos días que tuvimos de clase, nos anunciaron un nuevo plan de estudios. Los estudiantes de tercero de económicas podríamos elegir para el próximo curso entre cuatro especialidades, una de ellas se llamaría "Economía Cuantitativa".

Varios alumnos fuimos a ver al decano -- el admirable y en su día incomprendido -- Fernando de la Puente; le preguntamos: "Don Fernando, ¿no será este un plan de estudios más, esta vez camuflado en un nombre rimbombante?".

(Permítanme un aparte, pues no puedo evitar la referencia a un Tango de Roberto Goyeneche, cuando dice **"camuflaje, apariencias engañosas que impiden ver las cosas como son en realidad"**. Pues en aquellos años se cambiaba el nombre del plan para reemplazar cursos de Teoría Económica por cursos de Contabilidad, Estructura y Política Económica. ¡El ejercicio de asignación era adecuar la oferta de "skills" de los docentes a la insaciable "demanda nocional" de los discentes! El resultado era sin duda una "demanda efectiva" permanentemente insatisfecha.)

Volviendo al episodio. Nuestro entrañable **"Peseta"** nos contestó tajante, con su barroca y sonora elocuencia: **"En absoluto, este plan va en serio no es una alcaldada, estoy trayendo a Juan Urrutia de Estados Unidos "**.

¿Y quien es Juan Urrutia?, contestamos. La respuesta la recuerdo casi literalmente -- tan solo lamento no estar presente aquí para poder imitar su voz: **"Juan es un brillante discípulo que tuve en Deusto, de gran envergadura teórica en la línea metodológica de Popper, Kuhn y Lakatos; acaba de incorporar "dinero" al modelo de crecimiento de Solow con ecuaciones diferenciales, puntos de silla, y todo tipo de equilibrios y cuasi-equilibrios un genio como no lo hemos visto aquí desde que hicimos Honoris Causa a Tinbergen. Que quede claro de ahora en adelante, mientras sea yo decano de esta Facultad -- que no se será por un día, un mes, un año, o un lustro -- se acabaron las canonjías y sinecuras para politiquillos y contables"**.

Efectivamente, en septiembre de 1972 se estrenaba Juan de profesor con dos cursos: "Crecimiento Económico", con el ladrillo del Burmeister y Dobell de texto y "Economía del Bienestar", con lista de lecturas a la americana. Sobre su escritorio se podían ver, abiertos y con anotaciones, los últimos números del American Economic Review, Econometrica y JPE. También se había incorporado al departamento procedente de la London School of Economics, Carmen Gallastegui -- cariñosamente "la Gallas" -- que se estrenaba con un curso de "Teoría de Precios", con el Friedman de texto.

Eramos un grupo compacto en la especialidad de Economía Cuantitativa: cinco estudiantes. A los pocos días de clase, comentábamos atónitos: ¡Pues sí que está cambiando esto!" ... **"Tienen que perderle el miedo a la letra impresa"**, nos decía Juan, argumentando un día que una gráfica de un afamado paper tenía la curvatura invertida. Dos compañeros --José Mari Villareal, Chema Usategui -- y un servidor respondimos al reto revisando las ecuaciones y gráficas del paper toda la tarde hasta encontrar el error. En otra ocasión, explicando incertidumbre, riqueza y utilidad esperada, al final de la clase, Juan lanzó la provocación: **"a menos que alguno de ustedes demuestre que la paradoja de San de San Petesburgo no es tal paradoja ...¿alguien se anima?"**

*Deputy Chief Economist del Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo.

Tras un sesudo debate hasta altas horas de la mañana, Chema Usategui y yo llegamos a la oficina de Juan al día siguiente con este planteamiento: "sólo si se utiliza la media de la distribución hay tal paradoja; cualquier jugador, risk neutral, que utilice la mediana o la moda estará dispuesto a pagar tan solo un precio finito por jugar". Nos miro entusiasmado y dijo: **"Ustedes tienen que ir a estudiar a los EEUU, y yo les voy ayudar "**.

Un día, al final de un examen, un servidor seguía escribiendo y Juan se acercó a mi pupitre a recoger las hojas. Me resistí, pidiéndole mas tiempo, argumentando las muchas preguntas. Me replicó: **"tiempo, tiempo, Lago no sea terco, si quiere ser economista tiene que adaptarse a su restricción de presupuesto; si a mí me dieran suficiente tiempo llegaría a ser Samuelson"**. Me levanté enojado y me fui exclamando: "me gustaría conocer a Samuelson para saber con cuánto tiempo de prórroga hubiera acabado yo el examen".

De hecho, muchos años después, conocí a Samuelson en una cena en casa de Rudi Dornbusch en Boston y le conté la anécdota. Samuelson replicó: **"Ah, es usted del País Vasco; en un viaje a España visite unas cuevas de brujas en Navarra, me interesa el tema"**. Solo quiso que le contara todo lo que sabía sobre las brujas de Zugarramurdi durante el resto de la cena.

En sus primeros días de Profesor, Juan había publicado dos artículos en un Journal español, que provocaron un movimiento telúrico en los Reinos de Taifas, que era la Universidad española de entonces. Uno de los artículos era sobre bienes privados y bienes públicos y analizaba problemas de la congestión. En el otro hacía trizas un reciente paper de un economista nacional sobre un modelo de crecimiento con dinero. Hubo réplica y contra-réplica. La polémica "raised many eyebrows to say the least". Era un Juan más economista y menos político ...

También empezó a organizar seminarios. Es de mención uno en particular que preparó con Buby Grafe. Presentaban un libro de Hildenbrant sobre equilibrio general con topología diferencial. Para visualizar los conceptos se referían constantemente a unas "bolas", que no llegué a descifrar lo que eran exactamente. Al final del seminario, pensé, esto no es lo mío, quiero algo más aplicado ... Pero habrá que ir a los EEUU como sugiere Urrutia.

Y así fue, Chema Usategui y yo fuimos becados a UCLA en 1977. Juan había sido Visiting Professor en UCLA durante 1976-77. Recuerdo que en una de sus visitas a Bilbao llego a Sarriko con una camisa californiana floreada, se había afeitado la barba, dejado de fumar y engordado un poco. También recuerdo que me dijo: **"Usategui ya va casado, pero tú, Lago, lo primero que tienes que hacer al llegar es echarte una novia americana, los programas de Alchian y Demsetz son muy duros y necesitas estar relajado, además así vas a aprender ingles rápido "**.

Novias aparte, cuando llegamos a UCLA, lo primero que hicimos fue visitar a Joe Ostroy, amigo de Juan, para pedirle que fuera nuestro advisor. Nos invitó a cenar a su casa; amenizó la velada con unas ideas rarísimas sobre el Teorema de Euler y sobre la productividad del dinero en el intercambio. Ostroy me recordó un poco a Buby Grafe. Durante la cena su esposa -- abogado de profesión -- se quejaba de la conversación, mientras Joe no cesaba de repetir con vehemencia: **"money es mucho más que la mercancía "n" de Patinkin"**.

Axel Leijonhuvud imponía mucho respeto entre los alumnos, con su semblante de ingenioso hidalgo Don Quijote reencarnado. En la primera clase, después de varias citas de Pareto y Marshall, pidió a los alumnos que nos presentáramos, indicando la Universidad de la que proveníamos. No hizo comentario alguno hasta que, al llegar a Chema y a un servidor -- sentados en una discreta esquina --, y oírnos decir: "We are from the University of Bilbao", exclamó: **"Ah, you are the students of JAUN Urrutia"**. Pensé, no es una mera inversión disléxica. En efecto, JAUN, nunca

mejor dicho, pues en vascuence significa SEÑOR. Así que le contestamos: "Yes, we are the students of **JAUN Juan Urrutia**".

Ayer profesor y hoy polifacético banquero, periodista, filántropo y profesor. Deja la Universidad, en la que más **cerca** o más **lejos** siempre estuvo. Ya lo dice su dialéctico apellido: URRUTIA (en vascuence, **LEJOS**), ELEJ o ELEITZ (**IGLESIA**) y ALDE (**CERCA**). No olvidemos que las iglesias fueron en su día los templos del saber que hoy son las universidades.

Este evento me da alegría y también tristeza. Alegría por ser un homenaje muy merecido. Tristeza porque generaciones futuras de estudiantes no tengan la oportunidad de ser alumnos de Juan.

Alguna ley, natural o humana, debería de obligar a los buenos maestros a que nunca dejen de enseñar. No me preocupa, en este caso, que ello viole los principios de la Sociedad Abierta de Karl Popper y no me preocupa porque dicho mandato sería perfectamente consistente con la ventaja comparativa de Ricardo (David, no Lago) y con el teorema de Heckscher-Ohlin ... Zapatero a tus zapatos dice el refranero popular.

Claramente, hay una externalidad: el rendimiento "social" de la docencia e investigación de Juan es superior a su rendimiento "privado". Siguiendo un enfoque Pigouviano, sugiero que se le aplique un impuesto para que no se vaya o se le ofrezca un subsidio para que se quede.

¡Qué pena que Juan, dueño de su tiempo -- ese tiempo con el que llegaría a ser Samuelson -- haya decidido seguir un enfoque Coasiano!

Hace unos meses me contaba Constantino Lluch -- amigo y colega que tuve en mis días de Banco Mundial -- que, para ir a estudiar a la Universidad de Chicago, él y el malogrado y querido Manolo Guitián tuvieron un mecenas: se llamaba Naharro Mora.

Salí al paso, comentando: mi Naharro Mora se llama Juan Urrutia.

Querido Juan:

¡Lástima no poder estar hoy aquí para decirte cuánto aprendimos de ti los que fuimos tus alumnos en tus primeros días de profesor !

Algunos recuerdos de la época de Juan Urrutia en el comisión gestora de Universidad Carlos III de Madrid

por Daniel Peña*

La primera vez que escuché hablar de Juan Urrutia fue a finales de los años 70. Fue en Bilbao, en la facultad de Económicas, en donde yo estaba impartiendo un curso breve de series temporales al grupo de estadística de la Facultad. En un descanso y camino del bar, nos cruzamos en un pasillo con un grupo de personas que escuchaban a un miembro del grupo explicar no recuerdo qué, con gran entusiasmo. Ese es Juan Urrutia, me dijeron, con ese tono inconfundible del respecto profundo, una persona muy importante en esta Facultad. No recuerdo ya que más me contaron para justificar la importancia del personaje, pero debió impresionarme, porque no olvidé su nombre. Lo volví a escuchar en Noviembre de 1989, cuando Juan Urrutia me llamó para concertar una entrevista para hablarme del proyecto de la Universidad Carlos III.

Juan vino con Alberto a mi despacho, en la Escuela de Ingenieros Industriales de la UPM, para presentarme un proyecto a todas luces imposible: comenzar en Getafe, una zona de trabajadores industriales al sur de Madrid, con malas comunicaciones y con escasas infraestructuras, una universidad de elite que se pudiese en pocos años a la cabeza de la investigación en economía en España. Para ello, contaban en ese momento con unos barracones militares en proceso de remodelación, donde iba a instalarse la futura universidad, una comisión gestora en formación, el apoyo de dos jóvenes economistas doctores y la promesa del Ministerio de Educación de apoyar la futura universidad en lo posible, naturalmente dentro de los criterios del sistema público universitario español.

Lo que más me impresionó de aquella entrevista fue que aquel sueño imposible pudiese parecer casi al alcance de la mano a aquellas dos personas, obviamente inteligentes y aparentemente bien informadas, que tenía enfrente. La universidad de la que hablaban con tanto entusiasmo era indudablemente aquella en la que siempre me hubiese gustado estar: una universidad abierta, con proyección internacional, centrada en la investigación y en la búsqueda del conocimiento, con criterios de excelencia y con incentivos para alcanzarla, con flexibilidad en las enseñanzas de licenciatura y con terceros ciclos abiertos y exigentes, y con una eficaz gestión administrativa invirtiendo menos en conserjes y más en ordenadores. Alberto y Juan formaban un excelente equipo y argumentaban con el entusiasmo contagioso de los misioneros sobre el papel revulsivo que un centro de estas características podía tener sobre todo el sistema educativo universitario español. Sin embargo, era difícil imaginar que de la nada, con la competencia de las otras cuatro universidades públicas en Madrid y situada en una zona obrera mal comunicada, podía surgir una universidad con los criterios de excelencia académica de Oxford o Chicago. Por otro lado, yo tenía poco que ganar y mucho que perder en la apuesta: una cátedra en la UPM de Madrid, un buen despacho en el Paseo de la Castellana, un buen grupo de colaboradores, buenos proyectos con la industria y buenos estudiantes. La apuesta era tan descabellada y tan utópica que resultaba irresistible y naturalmente me convencieron.

En Septiembre de 1990 me incorporé al grupo de Economía donde ya estaban Maria Jesús San Segundo y Luis Rodríguez Romero, y que se vió enseguida engrosado, por citar únicamente a los catedráticos, por Javier Ruiz-Castillo, Félix Lobo, Antoni Espasa, Leandro Prados, José Luis López Aranguren y Carlos Mallo. Alberto y Juan hicieron de encantadores de serpientes para vencer mi resistencia inicial a convertirme en el primer Director del recién creado departamento de Economía,

* Profesor del Departamento de Estadística y Econometría, Universidad Carlos III de Madrid

y tuvieron un papel decisivo en el desarrollo de los primeros pasos del departamento. Fue un año apasionante, donde todo parecía posible por el empuje y el estímulo que ambos aportaban. Se hizo de la necesidad virtud: como teníamos profesores extranjeros que no hablaban español se introdujeron los grupos bilingües, como necesitábamos estudiantes para iniciar el doctorado en economía los buscamos debajo de las piedras y comenzamos con una combinación de economistas, matemáticos e ingenieros que sentaron las bases para la versatilidad y atractivo del doctorado actual, como había que organizar la incorporación coherente de nuevos profesores se establecieron criterios claros de promoción y comisiones internas de evaluación interdisciplinarias que funcionaron con escrupulosa seriedad y objetividad. Alberto y Juan continuaron, con la ayuda de los ya instalados, en su exitosa campaña de captación de nuevos profesores y en un año el Departamento creció de forma tan espectacular que en el curso siguiente se hizo necesario su división.

Alberto Lafuente dejó la comisión gestora a finales del curso 91/92 después de dos años de intensísima actividad, donde formó y lideró el grupo de economía de la empresa y dejó una huella imborrable en la organización académica de la universidad y en el desarrollo de sus herramientas de gestión y control. En Octubre de 1992 me tocó a mi ocupar su lugar en la gestora, lo que hizo más estrecha mi colaboración con Juan. Fue un gran placer trabajar con él, y descubrí que la clave de su éxito en el trabajo en equipo es su capacidad para hacer aflorar lo mejor de las personas con las que colabora. Es siempre estimulante e infatigable para ver las mil caras de un problema y sus posibles soluciones. En otro orden de cosas, recuerdo con gran añoranza el montaje del seminario sobre la vida misma en el club de profesores, donde Juan intentó promover la discusión inteligente de problemas actuales desde una perspectiva económica. Aprendí mucho de Juan durante esos años y pude apreciar dos de sus virtudes principales que creo vale la pena resaltar ahora:

La primera es su apertura mental y su falta de sectarismo. En el mundo académico, y dejando aparte los casos patológicos de los que desprecian lo que ignoran, es corriente la distorsión miope de sobrevalorar la importancia de lo que conocemos y subvalorar de lo que carecemos. Esta actitud lleva a aferrarnos a los enfoques conocidos y a desconfiar de los nuevos caminos donde nos falta experiencia y donde tendremos que enfrentarnos a retos nuevos. Pocas personas tienen una actitud más abierta y más carente de prejuicios ante los problemas que Juan. Esta virtud le permitía aportar en las reuniones de la Comisión Gestora soluciones imaginativas para muchos problemas, no sólo en las áreas de su competencia directa, sino sobre el conjunto de la Universidad. Juan se interesaba por todo y contribuyó durante estos años de manera muy importante al carácter abierto de las enseñanzas de economía, a la comunicación entre enfoques distintos y al desarrollo de la interdisciplinariedad en la universidad.

La segunda es su capacidad para ver dónde radica lo fundamental en una situación. Nunca he visto a Juan enredado en los detalles secundarios de un problema y siempre he admirado su capacidad de apreciar qué era realmente importante. En la Comisión Gestora siempre tuvo claro cuáles eran las causas claves a las que debíamos dedicar nuestro esfuerzo, y qué problemas, aunque acuciantes a primera vista, se desinflarían solos. Por ejemplo, cuando el Ministerio intentó la anexión de Vicálvaro a la Carlos III, Juan vio con claridad que esta iniciativa podía terminar con el proyecto y puso toda su energía en evitarlo dentro de la Comisión Gestora con éxito. Además, merece la pena resaltar tres ejemplos de proyectos que Juan consideró prioritarios y sobre los que concentró su trabajo:

1. El desarrollo del tercer ciclo y la formación de posgrado. Es probablemente un caso único que las enseñanzas de Doctorado comiencen en un departamento el mismo día en comienza la licenciatura y se crea el departamento. Esta política fue clave para el desarrollo de las enseñanzas de economía, y, en general, para la evolución y crecimiento del tercer ciclo en la universidad.

2. La importancia de la investigación para aportar opiniones fundadas al debate público y para resolver problemas claves de la sociedad. Esto se tradujo en el instituto que el creó y en su estímulo a todas las investigaciones de calidad
3. Su énfasis en la importancia de una buena gestión administrativa que apoye las actividades de docencia e investigación.

Estas cualidades configuran una persona poco frecuente. Recuerdo que una entrevista que hicieron a Juan en aquella época, el periodista le presentaba como un creador de instituciones. Su paso por el Carlos III ha dejado muy claramente este rasgo de su personalidad. Quizás esta faceta pueda verse más claramente utilizando una sugerencia de Leandro Prados, con quién he recordado viejos tiempos hoy en el bar, y que ha lamentado mucho no haber podido asistir a este acto. Decía Leandro que para ver la influencia de Juan simplemente tendríamos que imaginarnos como hubiera sido la Carlos III sin su presencia. En mi opinión, si Juan Urrutia no se hubiese incorporado a este proyecto:

- No hubiesen existido los complementos de investigación que han permitido atraer buenos profesores y mantener a los existentes.
- No existiría un programa de Doctorado en Economía como el que tenemos, ni un tercer ciclo tan desarrollado y pujante.
- No existiría el Instituto Flores de Lemus.
- Muchos de los que aquí estamos no hubiésemos formado parte del proyecto
- No se hubiese probablemente producido la concentración de investigación en Economía, Empresa y Estadística y Econometría que ha colocado a las áreas económicas de Getafe en un lugar destacado de la contribución científica de Europa.

Por todas estas cosas, además de por su constante apoyo y estímulo durante todos estos años, quiero hoy dar las gracias a Juan Urrutia.

Homenaje a Juan Urrutia, profesor de teoría económica

por M^a Jesús San Segundo

Como muchos sabéis, he tenido la suerte de estar cerca de Juan en varias etapas de su vida académica. He tenido la fortuna de participar en alguna medida en aventuras y proyectos que él ha liderado. En Bilbao, en el Instituto de Economía Pública y en la Facultad; en Getafe, en el nacimiento del Departamento de Economía, en la elaboración de los planes de estudios y demás locuras de aquellos años. Pero, hoy están presentes en este homenaje personas (como Salvador y Alberto) que pueden hablar mejor que yo de estos proyectos académicos en los que Juan ha dejado su huella.

Por esta razón y para intentar ser breve, he elegido referirme en esta intervención a Juan Urrutia como profesor. Pertenezco a la promoción que inició la carrera de Económicas en Bilbao con la transición política, en 1975. Los dos primeros cursos transcurrieron entre incidentes políticos (los muertos de Vitoria en 1976, la huelga indefinida de PNNs) pero en un clima académico de cierta rutina y escasos atractivos. En octubre de 1977 irrumpe en nuestra clase Juan Urrutia para impartir la Macroeconomía de tercero. Ya nada volvió a ser igual, desde que pronunció sus famosas primeras palabras: “Evidentemente yo no soy Carmen Gallastegui”.

Ya no nos abandonó como profesor en toda la carrera. Nos dio clases de Historia del Pensamiento y, a los de Cuantitativa, también de Crecimiento Económico. En todos los casos resulta inolvidable, por su personalidad arrolladora, y porque nos introdujo en la Teoría Económica. Juan hablaba en clase de mil cosas, unas formaban parte del programa y otras no, pero siempre estaba transmitiendo su fascinación por los modelos económicos, su lógica, sus limitaciones, las preguntas que atraían su atención en ese momento.

Nos enseñaba microfundamentos de la macroeconomía, o hablaba sobre el divorcio o sobre las centrales nucleares. Nos recomendaba a Rilke y el último libro de Oriana Fallacci (Un hombre). Inolvidable.

A algunos nos sedujo (con la colaboración desde 1978 de Salvador Barberá) al embrujo del análisis económico. Para los que no habéis tenido el placer de verlos trabajar en equipo, os puedo asegurar que estar a su alrededor era un auténtico lujo. En aquella época como alumnos, muchos nos beneficiamos del relanzamiento de un seminario del departamento (con Bubi, M^a Carmen) para jóvenes viciosos de la teoría económica. Por allí pasamos Ignacio Zubiri, Aurelia Modrego, M^a Paz Espinosa, Inés Macho y yo, entre otros afortunados.

¿Qué opinaba el resto de la clase? Sabemos que vender la teoría económica nunca ha sido tarea fácil. No os voy a decir que lo fuera en Bilbao a finales de los setenta, pero si Juan daba las clases, les gustaba aunque fuera a su pesar.

Como economista aplicada me corresponde aportar alguna evidencia empírica que apoye mis afirmaciones.

En primer lugar, acudo a su obra escrita. En la época de la que os he hablado, Juan escribió el libro dedicado a la Economía neoclásica, y que él subtitula: Seducción y Verdad. Seguro que los presentes estáis entre los seducidos por las biografías económicas de Jevons, Walras, Marshall y Edgeworth. Sus alumnos recibimos entonces la primicia de ese manuscrito.

* Profesora del Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid

Y como prueba definitiva, me despido con un recuerdo de cómo era Juan Urrutia, profesor de teoría económica.



Juan Urrutia y María Jesús San Segundo (1980)

¡Inolvidable! Sólo me queda lamentar que los estudiantes de la Carlos III no puedan ya conocer a Juan Urrutia, profesor de teoría económica.

Homenaje a Juan Urrutia

José Ramón Uriarte Ayo*

(Texto elaborado por el profesorado del Dpto. de Fundamentos del Análisis Económico y el IEP).

El Departamento de Fundamentos del Análisis Económico (antigua Teoría Económica) tiene un genuino interés por sumarse al acto que hoy le organizan a Juan Urrutia sus recientes ex colegas de la Universidad Carlos III.

Todavía no nos ha llegado la época de vivir de recuerdos y menos que a nadie al homenajeado. Juan es una fuerza de la naturaleza que seguirá transmitiendo, estamos seguros, energía, sabiduría y ganas de hacer nuevas e importantes cosas durante mucho tiempo. Pero aunque no debemos ni queremos vivir de recuerdos sino de realidades y de expectativas de futuro hemos de reconocer que nuestra existencia ha sido ya larga y que los recuerdos, como no, forman una parte muy importante de nuestra experiencia y de nuestras vivencias.

Juan estuvo en Bilbao durante un época larga y muy fructífera. Durante su estancia se hicieron muchísimas cosas. Se consolidó el Departamento de Teoría Económica, se creó el Instituto de Economía Pública y se organizó un Programa de Doctorado en Economía Pública. Todas estas iniciativas todavía persisten aunque hayan pasado por ciclos y épocas más o menos gloriosas. Algunas de ellas están adquiriendo nueva fuerza; se están reconvirtiendo a las nuevas circunstancias, se están adaptando a los nuevos tiempos. Hay gente joven que se está incorporando y el futuro los vemos prometedor.

Pero, además, durante la estancia de Juan en Sarriko se pusieron unas bases de funcionamiento que han permitido que, en la actualidad, ninguno de los integrantes del mismo dude de que una docencia de calidad y una investigación excelente constituyen los objetivos básicos que un departamento universitario debe perseguir.

Mientras Juan estuvo en el Departamento vivimos, como no, momentos difíciles y complicados. Cuando aceptó el reto de ser Decano ser su colega se convirtió en una especie de pesadilla. Si toda aquella energía dedicada a apoyarle la hubiéramos dedicado a seguir estudiando nuestros conocimientos económicos hoy serían mayores y nuestro curriculum más completo. Pero a los que colaboramos con él en el empeño por construir instituciones y desarrollar en ellas una tarea sensata esto no es algo que nos apene demasiado. Aquella experiencia nos sirvió para comprender que las razones, por muy válidas que sean, no son suficientes para ganar las batallas universitarias. Tener razón es a veces un obstáculo más que una garantía de éxito. Nuestra universidad, y no nos referimos sólo a la UPV-EHU, no premia a los mejores, no acepta entusiasmada las buenas ideas, no corrobora con sus votos las iniciativas correctas. Para gobernar la universidad hace falta mucho más que ideas, razones y proyectos. Por eso creemos que los logros de Juan en la Carlos III tienen mucho que ver con la experiencia pasada y con su paso por el Decanato de Sarriko. Ha sido sabio sabiendo utilizar lo aprendido durante aquellos duros años. Enhorabuena por ello.

El Departamento y el Instituto de Economía Pública de los que Juan formó parte durante dos décadas son hoy un departamento y un Instituto dinámicos, con gente concienciada en su tarea, con los valores académicos bien aprendidos y con un futuro prometedor. Quedan muchas, muchísimas cosas por hacer y sin duda, si Juan estuviera entre nosotros, podríamos hacerlas mejor además de poder emprender más cosas. Pero llevamos ya tiempo valiéndonos por nosotros mismos y estamos acostumbrados a mantener, de la mejor forma posible, las instituciones por las que él

* Director del Departamento de Fundamentos del Análisis Económico, Universidad del País Vasco.

lucho con ahínco. Echamos de menos muchas cosas de cuando él estaba aquí: su fuerza, su energía, sus ideas, su entusiasmo y sobre todo su gusto por la economía, su gusto por hablar y pensar **en y de** problemas económicos. Perdimos mucho con su marcha pero seguimos teniendo un futuro al que miramos con esperanza, seguimos teniendo proyectos ilusionantes y no nos resignamos a vivir de recuerdos aunque disfrutemos, y mucho, con ellos habiendo llegado a formar una parte muy importante de nuestras vidas.

Afortunadamente también para Juan la vida esta llena de futuro. Ha dejado la Universidad, pero no ha abandonado su interés por la investigación, ha dejado la docencia pero no el gusto por aprender, ha dejado la Facultad de económicas pero no el interés por la economía. Nos alegramos por ello y deseamos que su futuro continúe así, lleno de planes, de proyectos y de realizaciones. Queremos y esperamos que con el tiempo acabe siendo un viejo ex profesor con manías de académico, con sueños de investigador y con grandiosos proyectos institucionales que transmitir y dejar de herencia. Esas “catedrales” que él construía y que los demás debíamos ir completando con el trabajo diario son, todavía hoy, posibles. Durante todos estos años en los que Juan se ha dedicado a construir instituciones, impulsar proyectos, promover la investigación, decidió primero dejar de hacerlo en Bilbao y hacerlo dentro del recinto universitario madrileño. Ahora ha cambiado de espacio y sus proyectos se concretan en el ámbito no universitario.

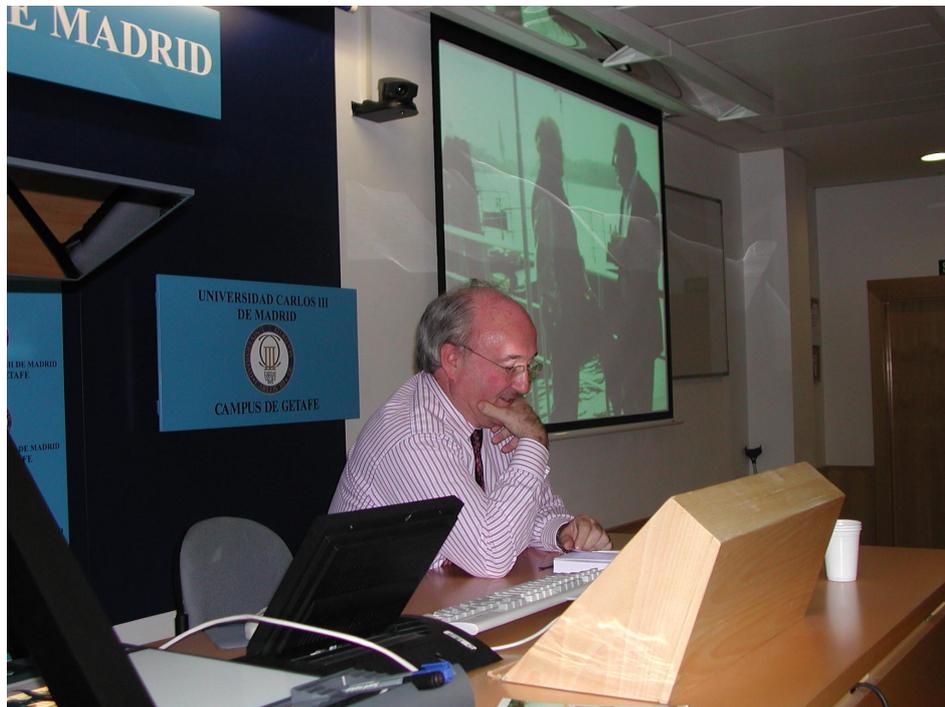
Igual es mucho soñar pero nos gusta pensar que esta marcha, este cambio de rumbo, es algo transitorio. Que dentro de no demasiado tiempo se dará cuenta de que su constitución anímica, su visión del mundo, su sistema de valores y su filosofía de vida sólo encuentran un acomodo en el ámbito de la universidad, de la docencia y del pensamiento. Que así sea. Y si es posible que sea en Bilbao.

Agur y eskarrik asko

por Juan Urrutia

Me gustaría afirmar formalmente que no voy a proporcionaros el placer de verme llorar, o que, al menos, no pienso llorar de nostalgia a pesar de los esfuerzos que habéis hecho para que afloraran mis lágrimas en este acto organizado por Álvaro, Diego y Javier. Quizá llore por dentro, pero de alegría, de la alegría que me han proporcionado vuestras más que amables palabras. Muchas gracias aunque en realidad no las merezco, a no ser que se considere un mérito el haber “engañado” a tantos años (y engañado sin comillas a alguno en particular como es el caso de Miguel Delgado, al que creo que le debo dinero. Perdona Miguel).

Salvador insiste en que me conoció con gabardina, barba y boina. Yo creo que nunca han coincidido en mí los tres adminículos a la vez; pero ahora sí que desearía esconderme tras ellos para que estas palabras fluyeran sin el tartamudeo que mi timidez me genera. Pero sea de la manera que sea voy a pasar por los rituales de celebración, conmemoración y despedida.



Juan Urrutia, Universidad Carlos III de Madrid (2001)

El ritual de celebración es el más fácil de oficiar. Me voy de la Carlos III en el momento justo. Somos -sois- los mejores de España y de los mejores de Europa, y aunque estas clasificaciones son siempre discutibles y provisionales, hemos ganado a la Pompeu Fabra y a la Autónoma de Barcelona. Naturalmente, y a pesar de mi natural tímido y modesto, I take full credit del éxito logrado. Como dijo Alberto en su despedida y refiriéndose a mí: ¡te he enseñado tanto! Pues yo también os hago ver lo mucho que os he enseñado y todo lo que me debéis. Y no sólo en la Carlos III. Salvador por ejemplo me debe su cátedra, pues nunca hubiera pasado de agregado en Bilbao a Catedrático en Oviedo, si no hubiera sido por la maravillosa Memoria (desaparecida) que redacté con su nombre mientras él seesteaba en Princeton.

Bueno, sin bromas; lo habéis conseguido. Entre todos vosotros y con la ayuda de muchos otros que no están aquí. Y lo habéis conseguido por vuestra terquedad en no aflojar los criterios de promoción, en acudir cada año al mercado tratando de atraer a los mejores profesores disponibles y en no dudar en no renovar contratos cuando esa renovación no es merecida. Y así habéis conseguido una rotación y una heterogeneidad que, aunque tengan sus pegas, tal como afirman nuestros evaluadores que incluyen a Xavier Calsamiglia hoy aquí presente, están en la base de vuestro éxito.

Repito, lo habéis conseguido. Y ello a pesar de la insulsa separación de los de Historia, de la poca estructura de la ya casi olvidada “división de economía” y de la poca habilidad mostrada a efectos de retener a Manolo y a Michele. Lo habéis conseguido entre todos vosotros y con la ayuda de muchos que hoy no están aquí. Entre éstos quiero mencionar expresamente sólo a uno, a Carlitos Escribano. Nunca le olvidaré. Desde que le conocí explicando en una pizarra de Bilbao algo relacionado con los transfinitos de Cantor hasta los paseos que nos dábamos por el campus hablando de Economía (cosa rara entre economistas) pasando por algunos otros paseos por el Retiro cuando yo tenía que decidir si venir a Madrid, su compañía fue para mí siempre un alivio: tenía la rarísima habilidad de hacer que yo me viera a mí mismo “de otra manera”. Quizá esta cualidad suya fuera la que hizo de él un profesor tan exitoso. Yo no le olvidaré y os pido que hagáis lo posible para que este campus honre su memoria. Os juro que se lo merecía.

Pero pasemos ahora al ritual de la conmemoración. Os propongo el ejercicio, terriblemente narcisista, de pasar revista a mi vida como economista con la finalidad de aprender algo sobre la demografía o la sociología de la profesión en España. Como veréis, mi vida como economista, contada en tres etapas, es la vida de un hombre sin formato o, en el mejor de los casos, de un hombre a la búsqueda de formato.

La primera etapa es una de descubrimiento y pertenencia. Como joven estudiante descubro que esto de la Teoría Económica es algo inteligente. Decido saber más y me voy a EEUU sin brújula alguna; aprendo muchas cosas y entre ellas algo de Economía. Vuelvo deseando integrarme, es decir, pertenecer a la comunidad intertemporal y mundial de los que hicieron y hacen hoy la Teoría Económica. Y lo intento desde aquel primer Departamento en Bilbao, que nada tenía que ver con el que hoy ha tenido la gentileza de sumarse a esta despedida, pero al que nunca olvidaré, como no olvidaré a mis primeros estudiantes (Chema Usategui, Ricardo Lago y J.M Pérez de Villareal) o a los segundos (Aurelia y M^a Jesús). Sin embargo, sólo he escrito una cosa de la que me siento relativamente satisfecho y quizá la clave de este fracaso esté en que nunca encontré mi sitio entre la footnote y el tratado, entre la macro y la micro, entre juegos cooperativos y no cooperativos, entre la competencia perfecta y la imperfecta. La falta de unificación me desesperó y me desespera hoy a pesar de mis protestas de postmoderno politeísta.

La segunda etapa está centrada en el apostolado y comienza con el shock que me produjo una cita de Félix Klein, un matemático de Göttingen que, a pesar de la grandeza que alcanzó en su época, confiesa a una edad bastante temprana que decidió “sustituir el genio perdido por la relevancia social”. En mi caso, y casi a la misma temprana edad, decidí sustituir la falta de genio teórico por el apostolado. Desde la Consejería de Universidades e Investigación del Gobierno Vasco hice la primera ley autonómica de un Consejo Social Universitario. Nada más dejar la Consejería, creamos entre varios (Salvador, Federico Grafe y M^a Carmen e Inmaculada Gallastegui) el Instituto de Economía Pública, del que creo poder afirmar aprendieron algo (institucional), tanto el I.A.E. del CSIC como el IVIE y en cuyo seno comenzó un programa de master a imitación del de la UAB. Ya como vicerrector de investigación en la Universidad del País Vasco colaboré a montar el primer programa, interno a la universidad, de ayuda a la investigación y la primera evaluación sería de todos los profesores de aquella universidad. Luego vino lo de la Comisión Gestora de la Carlos III (en donde aprendí a apreciar a Alberto, a Daniel y a M^a Emilia, y en otro orden de cosas, también a

Gregorio) y el propio trabajo de profesor en ella desde aquel primer año, con M^a Jesús, Luis y Gonzalo Rubio, en el que Alberto y yo hicimos el plan de estudios, hasta el último curso de doctorado que di y que, ¡qué carajo!, era estupendo. Y, para terminar, el Consejo Social que he intentado utilizar en beneficio de esta Universidad con la ayuda inestimable de Aurelia y con no demasiado éxito aunque, por lo menos, los premios internos a la investigación y la escuela de graduados subsisten todavía gracias a algunos de vosotros como Juan Romo y Félix Lobo. No sé si todo esto ha valido para mucho; pero sí he aprendido que sólo puedo ser eficaz con amigos, no con jefes y mucho menos con subordinados.

Quizá por esto último siento la necesidad de comenzar una nueva etapa en la que me haga mi propio formato o, más petulantemente, devenga un autor. Un autor es propietario de sus obras y éstas reflejan una identidad única. Ni los pocos y mediocres teoremas que he producido son totalmente míos ni siento que las instituciones que he colaborado a crear me pertenecen del todo. Espero que a partir de ahora consiga reunificar las facetas dispersas de mi personalidad: vasco en Madrid, profesor amable o quizá flojo, investigador con poca paciencia para los detalles, político breve y aficionado, banquero por casualidad, mecenas sin dinero... Y espero hacerlo tratando a las ideas como alimento, deglutiéndolas y haciéndolas parte de mi metabolismo. Ya no me identifico con grupo alguno, ya no me salvo por haber construído nada, ya sólo me interesa estirarme la piel y vestirme con cuidado y elegancia para presentarme ante quien no admite recomendaciones y en soledad total.

Pero basta de lirismo. Si estaba justificado mi narcisismo biográfico era porque debería decir algo de la profesión. En una profesión madura deberíamos tener una distribución de economistas que asignara pesos distintos pero positivos a las tres formas de vivirla que he identificado con las etapas de mi vida. Y sin embargo creo que la masa de la distribución de los profesionales hoy en España está concentrada en el primer tramo de investigadores volcados en el descubrimiento y la pertenencia. Poco a poco algunos de éstos se acercarán a la construcción institucional propia del apostolado, o al menos así lo espero, y un poco más adelante algunos otros, o éstos mismos, entrarán en el mundo desconocido de la autoría en lugar de prejubilarse y jugar a las damas o al dominó. En diez años deberíamos contemplar una distribución de por ejemplo: $\frac{3}{4}$, $\frac{1}{8}$, $\frac{1}{8}$. Entonces pasear por el Campus, almorzar en la cafetería e incluso asistir a un Consejo de Departamento serán actividades hasta gratas. En ese momento entenderemos mejor el papel del Instituto, el seminario de la “vida misma” parecerá natural y se podrá charlar de Economía, habrá un poco más de calma y algunos podrán mostrar el camino a los demás sin necesidad de predicar. Los de mi generación iniciamos la primera etapa; pero no hemos sabido pasar a la segunda y ahora nos encontramos perplejos frente a la tercera. Espero que los que sois más jóvenes sigáis nuestros consejos (como éstos que estoy dando) y no imitéis nuestros actos. Así construiremos una profesión en la que toca publicar hoy, construir mañana y dejar huella pasado mañana.

Y con estos consejos píos encaro el último ritual, el de despedida, ya casi oficiado del todo. Sólo me queda decir que sigo a vuestra disposición y pediros que vosotros no os alejéis porque, estéis en la etapa que estéis, yo no puedo vivir sin vosotros; necesito alimentarme de vuestros productos. ¡Sois los más grandes! (¡Zu zara nagusia!, como el Athletic). Me despido con una cita de Pessoa que refleja lo que siento: “Yo soy del tamaño de lo que veo y no del tamaño de mi estatura”. Vosotros me hacéis grande. Agur y Eskarrik Asko.

LISTA DE ASISTENTES

Alfonso Alba	Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid
Salvador Barberà	Departament d'Economia i d'Història Econòmica, UAB
Xavier Calsamiglia	Departamento de Economía y Empresa, Universidad Pompeu Fabra
Marco Celentani	Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid
M ^a . Ángeles de Frutos	Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid
Miguel Ángel Delgado	Departamento de Estadística y Econometría, Univ. Carlos III de Madrid
Javier Díaz Giménez	Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid
Juan José Dolado	Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid
Antoni Espasa	Departamento de Estadística y Econometría, Univ. Carlos III de Madrid
Jesús Gonzalo	Departamento de Estadística y Econometría, Univ. Carlos III de Madrid
Carlos Hervés	Departamento de Matemáticas, Universidad de Vigo
Jordi Jaumandreu	Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid
Alberto Lafuente Félez	Departamento de Economía y Dirección de Empresas, Univ. de Zaragoza
Pedro Marín	Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid
Diego Moreno	Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid
Carmelo Núñez	Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid
Salvador Ortigueira	Department of Economics, Cornell University
Daniel Peña	Departamento de Estadística y Econometría, Univ. Carlos III de Madrid
Javier Prieto	Departamento de Estadística y Econometría, Univ. Carlos III de Madrid
Luis Rodríguez-Romero	Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid
Antonio Romero Medina	Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid
Esther Ruiz	Departamento de Estadística y Econometría, Univ. Carlos III de Madrid
Javier Ruiz-Castillo	Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid
M ^a . Jesús San Segundo	Departamento de Economía, Universidad Carlos III de Madrid